



ANTONIO RESTANO

Homenaje de "Humanidades"

ANTONIO RESTANIO

Durante las vacaciones, el 17 de Febrero de 1934, dejó de existir el profesor de Higiene Escolar, Ingeniero Don Antonio Restanio, que desde 1910 pertenecía al personal docente de la Facultad y había ocupado el cargo de Decano durante un breve período en el año 1932.

Al sepultarse sus restos el Vice-Decano, profesor Arturo Marasso habló en nombre de la Facultad de Humanidades.

Dijo que la vida del profesor Restanio había sido una consagración incansable a su materia predilecta, la Higiene escolar. Dedicó a ella un entusiasmo que tenía algo de quijotesco, por la fe sin vacilaciones, por la energía sin desfallecimientos. En la cátedra, en las publicaciones diarias trató de resolver los problemas de la higiene y llevar sus conclusiones a la práctica. Discípulo del profesor Súnico continuó la obra del maestro con igual entereza, con el mismo ardor. Pasó por la dirección de importantes reparticiones públicas y en todas dejó la huella perdurable de sus innovaciones, de su amor al bien, de su convicción profunda de que la higiene escolar era la ciencia de las ciencias y la forjadora de generaciones físicas y espiritualmente sanas y vigorosas. Su carácter caballeresco y batallador le impidió mantenerse en esos cargos y la obra empezada no llegó a dar todos sus frutos. Restanio tenía siempre a mano su renuncia. Y era un hombre desposeído de medios de fortuna, que durante años desempeñó gratuitamente las cátedras de su maestro que se encontraba enfermo. Ejemplo precioso de desprendimiento y de generosidad, de grandeza de alma. Dedicado con ardor a la transformación del mobiliario escolar, creó numerosas clases de ingeniosos muebles, y alguna vez, ante la magnitud de sus proyectos llevados a la práctica debió de ver en lo futuro sonreírle, sino la riqueza, una mediana fortuna que iluminase su hogar que tanto amaba, fortuna que fuese para sus hijos seguridad y bienestar en la infancia. Pero esos sueños sin cesar renovados no le dieron en la realidad más que sin-sabores que él recibía con sonrisa estoica y con fe en el triunfo de que alguna vez llegaría. Amigo de los amigos, sin odios para nadie, cuánto amor sentía por los niños; quería que la luz y la alegría penetraran en el aula, que la escuela fuese un jardín construido por la ciencia. Queda para el técnico

futuro la tarea de estudiar las escuelas que hizo levantar en el país el querido colega que hoy se aleja de nosotros. Puede decirse que en cada ladrillo de esos edificios, como en las sílabas de un poema, estaba la inspiración de su alma. Y no solamente fué constructor de escuelas, millares de árboles que en este día abren en lo azul del espacio sus verdes copas, millares de árboles de la provincia de Buenos Aires fueron plantados por iniciativa de Restanio. Amaba la naturaleza con el mismo afecto con que amaba el alma delicada de los niños. Su brazo abierto traslucía el ademán de la siembra fecunda que él quería que fuese para el bien de todos. De ahí que en su mirada, mirada mística de los enamorados de una obra, obra más vasta cuando más se le penetra, tenía un no se qué de la mirada del Ingenioso Hidalgo. Vida humilde, vida sencilla, la suya fué una vida llena.

Al despedirlo en nombre de la Facultad de Humanidades ahora que se retira al eterno descanso quiero hablarle también en nombre de la amistad que fué en él tan leal y tan honda. Amigo mío: Hace pocas semanas que te vi por última vez en una luminosa mañana de diciembre. Me hablaste como siempre, de tu deseo de honrar de no sé qué manera a un amigo entrañable. En tí vivía incólume el amor a la justicia, el acicate de lo bello y de lo bueno. En tu jovialidad levemente empañada de melancolía alentaba un grande amor que desbordaba en generosos sentimientos. Acepta en esta hora mi más íntimo dolor, en la voz platónica de amigo, que lo fuiste enteramente en la región ideal, y descansa en paz, después de haber trabajado, amado y padecido en tu vida buena de hombre ejemplar y laborioso.

JUAN CHIABRA

Perteneció el Dr. Juan Chiabra al grupo de profesores fundadores de la Facultad, a la cual consagró sus mejores esfuerzos durante más de 20 años. "Humanidades" se honró en contarle entre sus colaboradores y en este mismo tomo publicamos su último trabajo, cuyas pruebas no alcanzó a corregir, escrito ya durante el retiro forzoso impuesto por la enfermedad que lo llevó a la tumba, el 11 de Noviembre del corriente año.

Desaparece con el Dr. Chiabra un profesor de profunda cultura humanista dedicado exclusivamente a la cátedra que supo despertar con su actuación una profunda corriente de simpatía entre sus colegas y alumnos, quienes recordarán siempre con cariño al erudito profesor de Latín, que alentó altos ideales

y sirvió a la Facultad con abnegada consagración. El profesor Dr. Leopoldo Longhi cumplió con la misión de despedir al colega en nombre de la Facultad pronunciando el discurso que transcribimos.

Un solo pensamiento, un solo dolor. Esta vida, hermosa o no hermosa, triste o alegre, este Sol te han abandonado. Mejor que la palabra fuera aquí el silencio, mejor que el epicedio quizá la meditación. Pero es necesario honrar al amigo, al colega; es deber rendir el supremo tributo y reprimiendo el sollozo darle la última despedida. Dentro de poco estas flores, este féretro que encierra tus despojos desaparecerán de nuestra vista. Nunca oiremos tu palabra efusiva y erudita, la espontaneidad de tu risa inquieta y distraída, no veremos tu ancha frente, tu figura descuidada y serena, semejante a la de Plotino, tu rostro de facciones latinas. Es ésta la inmutable ley de la vida. Las Parcas no interrumpen su fatal desfile. Pero tu espíritu está más que nunca y estará siempre presente porque fuiste el sabio, el humanista que un día de inefable ensueño, por imperioso destino de la estirpe, viniste de Italia, obrero infatigable de la energía occidental, con tu acervo de milenaria cultura. La antigüedad clásica, en todas sus ramas, la civilización oriental, la de Hélade y Roma y sus idiomas, ética y estética brindaron sus frutos a tu madurez romántica. Siempre presente, entre nosotros, permanecerá tu espíritu porque además del sabio fuiste el maestro. No te encerraste en sensual apartamiento a solas con tu doctrina. Dedicado a la cátedra, a la enseñanza, la misión más pura y noble, cotidianamente, con profundidad de pensador y afecto de padre, transfundías en tus alumnos, sin ostentación, lealmente, los resultados de tus investigaciones y pacientes vigiliias. Las tormentas arreciaban en tu redor con resplandores espectrales. No importa. Ni el carácter ni la sabiduría han de salvarnos. Santificaste tu alma en el dolor. Dolor que más de una vez, después de la labor diaria, quedó apaciguado y se volvió música en tu corazón gracias a las cuerdas confidentes de tu inseparable violoncelo y de sus melódicas evocaciones.

El latín, el griego, hallaron en el Dr. Chiabra al explicador ideal según Horacio, al maestro que en toda disciplina y creación "miscuit utile dulci". Filología, historia, estética, deducidas oportunamente del texto, cotejaban en sus clases los austeros cánones gramaticales. Sus libros de crítica literaria, de ética, de filología quedarán como valiosas obras de consulta y estudio, síntesis del saber acumulado en su vida de constante profundización y laboriosa investigación. Su doctrina estaba hondamente cimentada en las materias humanistas, no era doctrina fácilmente adquirida. El saber universitario es ciencia de las causas y de la historia de la evolución del esfuerzo secular de la humanidad. La cultura no puede ser sino historia de la cultura. El humanismo, científico, filosófico y literario es el fundamento ineludible, necesario de toda cultura que quiera en verdad tener el derecho de llamarse universitaria.

Pero no es esta la hora de aquilatar con la amplitud requerida los méritos de la obra del amigo y colega extinto. Pero hacerlo a su tiempo será

obligación de profesores y publicistas. Aquí, en presencia de sus restos mortales sólo es lícito repetir con Esquilo:

Quiero llorarte
sin apocar ni exceder
la gloria que supiste merecer.

Tu gloria, tu virtud quedarán siempre presentes en el recuerdo de profesores y alumnos. Siempre presentes en nuestra memoria porque además de intelectual, profesor, sabio, fuiste el hombre bueno. Esta bondad fué el sello característico de tu temperamento, bondad que inspira todos los actos de tu vida. Por lo cual tu ética, la ética que dictaste, siendo la de Roma, pagana y cristiana, quedó en tus labios dignamente explicada e interpretada. Tu ética fué exenta de todo egoísmo; ética sin gérmenes de ambiciones subalternas, ética de profesor y no de politicante, ética humana y humanista, ética aprobada pero no practicada, que tú aceptaste no por debilidad sino por superioridad íntima del carácter; ética que arranca de la humilde grandeza de Sócrates quien prefiere sufrir el mal antes que hacerlo, antes que devolver mal por mal, en contra de todos los anteriores preceptos, incluso el bíblico, y no se aparta de la senda que la razón pura, único móvil de su sana voluntad, le señala, y bebe la cicuta y acepta la muerte.

Queda con nosotros, siempre presente. Te acompañamos profesores, alumnos, amigos. Mira en todos los rostros un solo dolor. Vivirás en nosotros. Se enturbian las miradas y se estremece el corazón. Pero es virtud de varones fuertes llorar ante las cenizas del amigo.

Señor, sea como sea, porque fué hombre bueno, porque fué sabio y educador, como le concediste vida activa y fecunda y "la serena muerte de los justos", también concede a su alma la paz de los cielos, la paz que no es de esta tierra, tierra de lágrimas.

CARLOS RODRIGUEZ ETCHART

El fallecimiento del Dr. Carlos Rodríguez Etchart ocurrido el 6 de Noviembre repercutió dolorosamente en la Facultad donde desempeñó las cátedras de Legislación Escolar y Psicología durante los años 1908 a 1920.

El Decano dictó una resolución adhiriendo al duelo causado por su muerte y designó al profesor Dr. Juan E. Cassani para que hablara en el acto del sepelio, quien lo hizo en los siguientes términos:

La Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata, y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, vienen, por mi intermedio, a rendir homenaje al ilustre profesor que actuó largos años en sus aulas.

La Sección Pedagógica de la Universidad de la Plata, contó desde 1908 al Dr. Carlos Rodríguez Etchart entre el grupo de profesores experimentados y decididos que la impusieron en el país y consagraron un nuevo tipo de estudios en la vida universitaria argentina. En ella dió vida a una nueva cátedra, la de Legislación Escolar, y la orientó dentro de una acertada visión de la política educacional y de una exacta y erudita apreciación de los fundamentos jurídicos de la enseñanza pública argentina. Fué su propósito dar a esa cátedra una función elevada y ponerla al servicio de futuros orientadores de nuestra instrucción pública. Sus lecciones y sus escritos prueban el profundo conocimiento que el Dr. Rodríguez Etchart poseía de la gestación de nuestras leyes escolares así como de la misión y funciones que corresponden al Estado, a los particulares y a las instituciones en cada uno de las ramas y ciclos escolares.

Durante muchos años consagró su esfuerzo y entusiasmo a la enseñanza de la Psicología en aquella Sección y en la Facultad de Filosofía y Letras, como suplente y como titular, y no limitó su cátedra a la simple información. Sus alumnos y colegas reconocieron y recuerdan sus afanes por superar las viejas dificultades relativas a la unión de los conceptos de materia y espíritu, subordinándoles al concepto de energía. Los libros, trabajos y lecciones del Dr. Rodríguez Etchart quedarán en la historia de la enseñanza superior de la Psicología en el país, que él fué de los primeros en iniciar, como una de las tentativas más empeñosas por resolver las cuestiones psicológicas colocando a la energía como substrato de la vida del espíritu.

Su obra docente estuvo animada por un permanente y fino espíritu de cordialidad hacia el alumno, buscando estimular en cada uno la lectura y reflexión sobre los asuntos de sus cursos y una abundante producción monográfica es el resultado de la acción didáctica que el Dr. Rodríguez Etchart supo realizar con ese propósito.

Los alumnos tuvieron siempre a su alcance los espontáneos servicios de la vasta cultura y el intenso afán de enseñanza que constituyeron los anhelos de toda su vida, y sus años de retiro no han disminuído la cordial simpatía que supo inspirarles.

En nombre de esos alumnos y de las Facultades que represento, expreso en estas dolorosas circunstancias, el reconocimiento a que fué acreedor el Dr. Rodríguez Etchart, deseándole paz en su tumba y memoria destacada en la historia de la educación argentina.